

La Enseñanza.



REVISTA HISPANO-AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

NUEVA-YORK, SETIEMBRE 1º DE 1871.

{ NUM. 7.

CONSEJOS DE MI ABUELO.

EL BIRLOCHO VOLCADO.

M. de Valstein, ingeniero en jefe de Puentes y Calzadas, á cuyo cargo se hallaban las obras estereiores de la ciudad de Paris, recorría con frecuencia todos sus contornos en un lucido y cómodo birlocho. Paraba siempre en las mas principales casas, en que le acogian con los miramientos debidos á su talento, elevado puesto que regenteaba, y amable génio mas particularmente.

Hallándose viudo mucho tiempo habia, no tenia mas que una hija única, llamada Herminia, que apenas entraba en su adolescencia. No pudiendo dirigir por sí mismo la educacion de esta hija querida, esperanza y embeleso de su vejez, la habia puesto en un colegio de mucha fama, situado en medio del arrabal de Montmartre. Cuando sus viajes le conducian hácia aquella parte, tomaba á veces consigo á Herminia, y la llevaba á tal ó cual casa de campo, en que la doncella contaba siempre con pasar el mas divertido dia.

M. Valstein probaba en una ocasion un birlocho nuevo que acababa de comprar, de forma abarqu-

llada, con muelles dorados, y hermozeado con una rica pintura; todo esto, á su modo de entender, habia de lisonjear la soberbia de la doncellita, que á menudo afeaba el encanto de las mas amables prendas con un escesivo amor propio, y una altivez la mas ridícula. Fué, pues, á tomar á Herminia en su colegio, para llevarla en su compañía á un palacio de campo situado por encima de San Dionisio, é inmediato á una rica villa. Era la fiesta del patron del pueblo, y por la noche habia de darse un baile rústico, á que comunmente concurrían las señoras mas ricas y petimetras de toda la comarca.

Herminia, en consecuencia, se habia puesto cuanto tenia de mas delicado. Una bata de punto de Berlin, sobre un guardapiés de musolina blanca y guarnecida de calados de tul, una cintura de raso blanco adornada de un broche de oro, un collar de coral, un sombrerillo de paja de Italia adornado con una guirnalda de acianos, un pañuelito de casimir blanco cercado de botones de rosas, y un calzado todo flamante; tal era la compostura de la jóven Herminia, á la que, como se ve en esta esposicion, no negaba su padre nada de cuanto pudiera contentar su vanidad.

Un jóven volante bien galoneado, un caballo rozagante y de buena marcha, correspondian con lo

primoroso del birlocho. Herminia no se habia visto mas satisfecha, ni feliz en toda su vida. Era por el equinoccio de otoño, en cuya época es casi siempre vario el temporal; y en aquel dia muchos nubarrones que cubrian el horizonte, anunciaban al parecer alguna tempestad. En efecto, no bien estuvieron fuera de las puertas M. Valstein y su hija, cuando oyeron muchos truenos, á que se siguió el agua con abundancia, bien que de corta duracion; pero acabó de embarrar todos los caminos, echados á perder con el mal tiempo de la víspera, que aun habia durado parte de la noche.

Herminia, acurrucada en lo interior del birlocho, se cubrió las rodillas con la levita de su padre, y tomó las mayores precauciones para que sus ropas no se ajasen de modo alguno; pero lo que le habia llevado secretamente con la mayor repugnancia, era que M. Valstein habia mandado que el precioso volante subiese á colocarse entre ambos, el que vestido á la ligera, se hubiera empapado con la lluvia, y que por desgracia, y á pesar de cuanto cuidado puso, habia apretado algo á la doncella, cuyo mayor temor era de deslucir su bonito vestido de punto de Berlin, y alterar su delicadeza.

Cuando llegaron á la mitad poco mas ó menos de la inmensa llanura de San Dionisio, encontraron á

un pobre anciano, verdulero de las cercanías, que se volvía á su aldea en un carruco tirado de tres pollinos en guías, que andando lentamente, y molidos de fatiga al parecer, ocupaban el medio del empedrado, y se encaminaban hácia el lugarejo del que todas las mañanas venían al mercado con verduras de toda especie. En el momento de acercarse el vistoso birlocho de M. de Valstein á este humilde y estrafalario tiro, queriendo ponerse á un lado el bueno del viejo para hacer paso al primero, hizo que una rueda suya dejase el empedrado que se hallaba estrecho en aquel sitio. Cayendo esta rueda con precipitación en un carril muy profundo, hizo volcar el carruco, lo que echó á un lado uno de los pollinos que su amo creyó herido, y que se apresuraba á aliviar probando levantar su carreta; pero el pobre aldeano se hallaba tan cansado él mismo, que le faltaban las fuerzas para esto.

M. Valstein, que á los gritos que daba el viejo había parado su birlocho, se apeó al punto, y fué corriendo para ayudarle á levantar el carruco. Para conseguirlo, se enlodó las manos, vestido, y calzado; pero llevado del deseo de socorrer á este infeliz, no lo echó de ver hasta que subió al birlocho. «¿Cómo está vd., le dijo Herminia con asombro y desdén! no se me llegue vd., que me echará á perder el vestido.—¿Qué quieres, hija? le respondió M. Valstein; ese pobre viejo no se había precipitado en el carril mas que para dejarnos el paso libre: era muy justo que yo le ayudase sucesivamente; sabes por otra parte, que nunca puedo resistirme á la voz y aspecto de una criatura que sufre.....» Poco convencida Herminia con esta respuesta, no cesaba de reconvenir á su padre por su excesiva bondad, y hacerle reparar que no era cosa decente presentarse de aquella manera en una lucida concurrencia en que estaban esperándolos. Ultimamente, dirigió tan amargas burlas á M. Valstein sobre el modo con que se había enlodado, que este coligió, sin ninguna dificultad, lo que dictaba á su hija para espresarse así sobre este particular.

El padre dió á conocer al principio con arte á la hija su ridiculidad é injusticia; iba acalorándose la conversacion sobre este punto, y no distaban ya mas que una media legua de San Dionisio, cuando se rompió de repente el eje del lucido birlocho, y hételos aquí á ambos volcados sucesivamente en medio del camino. Herminia se creyó perdida al principio. «¡Estoy muerta! gritaba con fuerza; sí, lo estoy.....» Asustado su padre con estos lastimeros gritos, se convenció bien pronto de que solo el miedo había herido la imaginación de su hija, y que no tenía el menor mal. «Sí, estoy muerta, continuaba repitiendo Herminia con mayor fuerza.—Pues bien, no grites tan recio, le decía M. Valstein riendo; cuando estamos muertos, no lloramos, ni decimos nada.....» Se ocupó, acompañado del volante, que en el vuelco había huido el cuerpo con ligereza, en volver á levantar el birlocho con la ayuda de varias personas que á la sazón pasaban por el camino. Recobrada Herminia de su sobresalto, se había quedado en su asiento, y comenzaba á volver algo en sí. Lo que mas la consolaba, era que gracias á la prevision de su padre que le había cogido en brazos al ir á volcar, no se hallaba enlodada ni una pizca; únicamente su rico vestido se había ajado un poquito, y los acianos que adornaban su bonito sombrerillo de Italia, habían perdido algo de su vistosa apariencia.

M. Valstein anunció á Herminia que no podían permanecer en el birlocho sin temor de echar á perder los muelles. En consecuencia, fué necesario buscar un arbitrio para llegar á San Dionisio, y pasar de allí á la casa de campo en que los esperaban.

A cada instante se veían pasar ciertamente por el camino infinitos calesines de aquellos que sin cesar van y vienen de Paris á San Dionisio; pero como era un domingo, todos iban llenos. Hubo necesidad, pues, de aguardar; en el interin corría el tiempo, y estaban ya para dar las cuatro. Mientras que se buscaban arbitrios para salir del apuro, llegó á pasar sucesivamente el pobre verdulero. Al descubrir á M. Valstein todo enlodado todavía á causa del servicio que le había hecho media legua mas atras, hace parar á sus tres pollinos, baja atropelladamente de su

carruco, y se apresura á ofrecer sucesivamente sus servicios. «¿Qué le ha sucedido á vd., pues, estimado caballero?—He volcado, como vd., buen hombre; pero no puedo enderezar mi carruaje con la misma facilidad que el suyo; se me ha roto un eje.—No sabemos qué hacer, añadió la doncella, para llegar á la casa de campo á que vamos.—¿Hay mucha distancia de aquí á esa casa? repuso el buen viejo.—Una media legua mas allá de San Dionisio, replicó M. Valstein; y me temo mucho que lleguemos tarde para la comida, lo que me desatinaría sobremanera, pues soy aficionado á las buenas comidas, y tengo un hambre canina.—Si me hallara con valor para proponerle á vd. y á la señora.....—¿Qué, pues? le preguntó vivamente Herminia.—En mi carruco caben dos personas apretándose algo; todo se reduce á mullir la paja que del todo es fresca de esta mañana, y poner la levita de vd. sobre el banquillo de madera...—Por aceptado, buen hombre, respondió al punto M. Valstein. Hija, dijo á Herminia con alguna intención; ¿no te conmueve á tí, como á mí, la oferta de ese buen anciano?—Sin duda alguna, respondió la doncella tartamudeando: *mas vale algo que nada*; y aunque con peligro de verme algo zangoloteada, podré llegar á lo menos sin que se aje mi ropa.» A estas palabras, que no correspondían de ningun modo con la gratitud que M. Valstein manifestaba, el anciano aldeano arrimó su carruaje hácia el lado del birlocho en que la doncella se había quedado; y pasando de uno á otro con la mayor precaución, se halló salva y sana en el banquillo de la carreta de hortaliza. Junto á ella se colocó el padre. El volante tuvo orden para que al paso del caballo condujese el lucido birlocho á San Dionisio, á fin de ponerle corriente para volver por la noche á Paris. El buen viejo condujo á pié su estrafalario tiro; y al cabo de una media hora, el padre y la hija hicieron su entrada triunfal en San Dionisio, escitando la risa de cuantos pasajeros encontraban en sus calles, y llenas las ventanas de gentes atraídas por el ruido de tan estraña caravana. M. Valstein reía á carcajadas; pero Herminia, cabizbaja, y deshaciéndose en su interior, repetía á cada momento que era cosa muy desagradable servir así de irrisión á toda una villa. «¿Qué cuidado te dá? le respondía su padre, riendo siempre, y con segunda: no te llenarás de barro; y como tú decías poco há, *mas vale algo que nada*.»

Al pasar por la plaza mayor de San Dionisio, rogó Herminia á su padre que tomase uno de aquellos carruajes que se hallan allí comunmente, y echase á un lado el carro triunfal del vendedor de hortaliza. «Tremos mas cómodamente, decía la doncella, llegaremos en menos tiempo, y particularmente con mayor decencia, á la lucida concurrencia á que vd. me lleva.—¡Oh! no, hija mia, le respondió M. Valstein; sería dar un bochorno á ese hombre honrado, que tan servicial se ha mostrado en sacarnos del apuro; que viene enlodándose toda la distancia de una media legua, y se ha apartado de su camino. Mi ánimo es que nos conduzca así hasta nuestro destino.» Estas últimas palabras fueron una puñalada para Herminia, que insistía siempre en su opinion.

Durante este altercado, el carruco rodaba poquito á poquito, y nuestros viajeros, despues de haber atravesado San Dionisio, llegaron bien pronto á la entrada de la avenida que iba á la casa de campo del convite. De nuevo propuso Herminia á su padre que bajasen y anduviesen á pié por esta avenida cuyo piso, secado por los rayos del sol, que flechaban mucho tiempo había, no presentaba peligro ninguno á su vestido. «No, no, dijo todavía M. Valstein, nuestro tren se me ha hecho muy querido para que yo no quiera presentárselo á la numerosa concurrencia que nos espera.»

Los tres pollinos en guías llegaron, pues, al primer patio de la casa de campo, atravesaron el segundo, y penetraron, finalmente, hasta las gradas del vestíbulo, despues de haber desfilado por delante de los balcones del salon. A la vista de tren tan estrambótico, todos prorumpieron en risa, y volaron á recibir á la linda Herminia, que sonrosada de rubor y despecho, bajó de su carreta llena de paja, con

aplausos y risas interminables de cuantas personas la rodeaban.

Al darle su padre la mano con una ceremonia y majestad que aumentaban todavía la comedia de semejante situacion, refirió cuanto había ocurrido. Todos se asombraron de la oficiosidad y atenciones del buen verdulero. M. Valstein encargó á su hija que le diese un luis, en pago de haber impedido que su delicado vestido se enlodase, la abrazó, y dijo: «Disimúlame esta leccion, hija: acuérdate que nunca hemos de correr de un beneficio, venga de la mano que se quiera; y ten presente lo que sobre este particular dice el buen Lafontaine en una fábula suya:

“Es menester en lo posible servir á todos;
“A menudo necesitamos de los que nos son inferiores.”

EDUCACION POPULAR

POR DON PEDRO G. ORTIZ.

CAPITULO IV.

DE LA EDUCACION COMO FUENTE DE RIQUEZA PUBLICA.

En 1841, el Secretario del Consejo de Educacion de Massachusetts hizo las mas prolijas averiguaciones, sobre el valor comparativo del trabajo del obrero inteligente con el del ignorante. Es inútil demostrar aquí el sistema empleado con este objeto, pues bastará demos sus resultados en los mismos términos de Mr. Mann: «De estas investigaciones, dice, resulta que el artesano instruido aventaja de un modo sorprendente al que no lo es, en cuanto á la cantidad y calidad de la obra. La mano del obrero es otra distinta, cuando es dirigida por un entendimiento cultivado. Las operaciones requeridas en una obra, se ejecutan no solo con mas rapidez sino con mas arte y gusto, si las facultades del obrero han sido cultivadas en la niñez y le prestan su auxilio. Aquellos artesanos que, sin una instruccion, habrían sido condenados á una mediocridad perpétua en su oficio, ó tal vez sacrificados á los vicios que traen consigo la necesidad y la pobreza, adquieren por su medio una posicion é independenciam social, debidas solo al poder de la educacion. En los grandes establecimientos industriales, donde se encuentran las mas grandes reuniones de obreros y el trabajo es estimado por el valor que produce, se notan invariablemente estos dos hechos, á saber: los que han gozado de la ventaja de una buena educacion elemental, se mejoran y perfeccionan cada dia mas y mas en su arte, y obtienen luego crecidos salarios; mientras que el ignorante permanece estacionario, ó cae en la última grada de la escala industrial.»

A los hechos y opiniones arriba espresados, pudiéramos añadir nuestras observaciones propias y los ejemplos que hemos palpado de esta verdad, durante una larga

residencia en los Estados del Norte. Pero aun aquí se nos ofrece todavía la ocasion de referirnos á un documento importante y semi-oficial, que produjo no poca sensacion en la Europa manufacturera é industrial. Mr. Whitworth fué comisionado por varias asociaciones industriales de Inglaterra, con el objeto de estudiar la maquinaria y artefactos norte-americanos en la Exhibicion de la Industria y Artes, que se efectuó en Nueva-York en 1852, y presentar despues una Memoria sobre el estado de la industria en los Estados-Unidos. A riesgo de ser un poco estensos, vamos á copiar algunos pasajes de este informe, en lo que tiene relacion con los puntos que discutimos.

«En todo lo que ví, dice, no pudo menos de sorprenderme la extraordinaria energía del pueblo, y aquella disposicion particular para aprovechar hasta lo mas mínimo de los recursos naturales que ofrece el país. Los datos que he obtenido para este informe, demuestran con abundantes ejemplos, que jamas omiten medio alguno para realizar todo lo que consideran posible; y han sido estremadamente felices en poder combinar la grandeza en los resultados con la economía en los métodos de que se valen para alcanzarlos. La clase obrera es escasa en número comparativamente á la de Europa; pero esto está compensado con la avidez con que recurren al auxilio de la maquinaria en todos los ramos de la industria; siendo esto sin duda una de las causas principales de los pocos obreros que se notan. Siempre que se pueda sustituir aquella (la maquinaria) al trabajo manual, no se deja de apelar á ella generalmente y de la mejor voluntad; y de esto tenemos muchas pruebas conclusivas en esta Memoria. Pero me referiré aquí principalmente, por vía de ejemplo, á la fábrica de arados, en que ocho hombres son capaces de hacer treinta por dia; en la elaboracion de puertas de las que veinte obreros trabajan cien, bien acabadas, en el dia; en la hechura de hormas de zapatos, que no ocupa mas de minuto y medio en acabarse una; en las máquinas de coser, con que una mujer ejecuta la labor de veinte; y en la composicion de redes, en que una mujer trabaja por cien. A esta condicion del trabajo, á la aplicacion universal de la maquinaria, y á la inteligencia y superior educacion del obrero, debe atribuirse especialmente la notable prosperidad de los Estados-Unidos. Es muy comun esplicar la causa de esta prosperidad por la posesion de un suelo naturalmente fértil; pero si esto es cierto de algunas partes del país donde existen depósitos

aluviales muy ricos; lo contrario se ve en centenares de millas que atravesé en los Estados del Norte.....

«El resultado obtenido en los Estados-Unidos, dice en otra parte, por la estensa aplicacion de las máquinas á toda clase de manufacturas en que su uso era posible, ha podido realizarse mejor por la circunstancia de que allí son desconocidas todas las combinaciones ó ligas para resistir su introduccion. Los obreros reclaman con aplauso toda invencion mecánica, que tenga por objeto libertarlos de una tarea molesta ó pesada; lo que ellos por su educacion son bien capaces de apreciar y comprender en su justo valor. La superabundancia relativa de brazos en este país (Inglaterra), y la dificultad consiguiente para obtener empleos remunerativos, hacen que las clases obreras tengan menos simpatías con el progreso de las invenciones. Su condicion social es menos favorable que la de nuestros hermanos de América, para apreciar debidamente y sin prevenicion la influencia que la maquinaria está destinada á ejercer en su situacion y porvenir. No puedo resistir, sin embargo, á la conviccion de que el diferente aspecto en que nuestros obreros y los de los Estados-Unidos miran esta materia, proviene tambien de otras causas mas poderosas que el número de trabajadores de ambos países. Los principios que deben regular las relaciones de patron y empleados, son mejor comprendidos en los Estados-Unidos, y el obrero inteligente y bien educado goza de perfecta libertad para ganar todo lo que pueda, y hacer el mejor uso de su habilidad, sin trabas ni obstáculo alguno de sus compañeros. Quizá se hallará que las clases obreras disfrutaban aquí de una cierta independencian nunca vista en sus maneras; pero esta misma circunstancia los hace mas exactos en el desempeño de sus deberes, tal como ellos los comprenden; y se requiere mucha menos inspeccion, que cuando se les exige mas sumision y menos inteligencia y educacion.

«Rara vez sucede que un obrero, que posee cierta destreza peculiar en un ramo de su arte ú oficio, no sea tambien capaz de dirigir y administrar un taller; lo que, por falta de una educacion y conocimientos generales, no pueden frecuentemente desempeñar nuestros operarios. En todos los Estados de la Union, y particularmente en los del Norte, la educacion está puesta al alcance de todos por medio de las escuelas públicas, y todas las clases se aprovechan de ella. El deseo de saber, que se les inculca desde tan temprano, va aumentando cada dia; mientras que los medios

de difundir universalmente la instruccion, se encuentran en la prensa periódica. Ningun impuesto interviene allí con el libre desarrollo de este poderoso agente, para promover la ilustracion del pueblo; y la consecuencia viene á ser, que el mas humilde trabajador disfruta el placer de leer un diario y otras publicaciones, y el pensamiento y la inteligencia penetran así en todas las escalas de la sociedad. Los benéficos resultados de este sistema de escuelas gratuitas y de una prensa barata en las clases obreras, apenas pueden estimarse en su justo valor; y ni es posible dudar que ellos se deban á la cooperacion de ambos. Si de entre los Estados europeos, tomamos á la Prusia como un término de comparacion, se verá muy luego que sus progresos no corresponden con lo que debia esperarse del gran cuidado que se presta allí á la educacion. Esto es efecto sin duda de las trabas impuestas sobre la prensa. En donde quiera que la educacion y una imprenta libre, ejerzan una influencia unida, el progreso y la mejora social serán sus consecuencias; y entre los muchos beneficios que resultarán de esta cooperacion, deben colocarse en primera línea la mejor apreciacion de las invenciones útiles, y la facilidad para admitir cualquiera reforma conveniente. Ellas desarrollan tambien el espíritu inventivo, que gradualmente va emancipando al hombre de aquellas tareas rudas y pesadas operaciones del trabajo, que nos hacen mirar en un siglo, como un lujo, lo que en el siguiente no es mas que una condicion comun y necesaria de la existencia humana.»

Otras muchas pruebas y citas pudiéramos añadir fácilmente á estas, para demostrar el carácter multiplicador y creador de la riqueza pública, que en grado eminente posee la educacion popular. Bajo este aspecto solo, mereceria ser considerada como uno de los primeros y principales elementos de una organizacion social. Si se dijera que en Chile y demas países hispano-americanos, no tenemos aún manufacturas ni clases industriales á que pudieran ser aplicables estas observaciones, esto no disminuye su eficacia ni daña en lo mas mínimo á la fuerza del razonamiento. No se negará, por lo menos, que la educacion popular seria uno de los medios de poseer fábricas é industria, y que su falta es uno de los obstáculos mas sérios que hoy dia se oponen á la introduccion y buen éxito de las empresas industriales. Mas la influencia de la educacion no se hace sentir solo en el desarrollo de las artes mecánicas, sino tambien en las mas simples operaciones agrícolas y labores manuales. El

labrador ó gañan que maneja la azada ó la barreta, necesita tanto, y tal vez mas, del auxilio de una razon despejada, como el ingeniero que dirige la obra. Por lo mismo que el peon viene á ser la mas baja entidad en la escala de los medios productos, necesita de mas sagacidad é inteligencia para sustraerse á las tareas abrumadoras que lo agobian y envilecen.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO I.

PRINCIPIOS GENERALES.

XIII

Grande debe ser nuestro cuidado en limitarnos á usar, en cada uno de los grados de la amistad, de la suma de confianza que racionalmente admite. Con escepcion del círculo de la familia en que nacimos y nos hemos formado, todas nuestras relaciones deben comenzar bajo la atmósfera de la mas severa etiqueta; y para que esta pueda llegar á convertirse en familiaridad, se necesita el trascurso del tiempo, y la conformidad de caracteres, cualidades é inclinaciones. Todo exceso de confianza es abusivo y propio de almas vulgares, y nada contribuye mas eficazmente á relajar y aun á romper los lazos de la amistad, por mas que esta haya nacido y pudiera consolidarse bajo los auspicios de una fuerte y recíproca simpatía.*

XIV

Las leyes de la urbanidad, en cuanto se refieren á la dignidad y decoro personal y á las atenciones que debemos tributar á los demas, rigen en todos los tiempos y en todos los países civilizados de la tierra. Mas aquellas que forman el ceremonial de la etiqueta propiamente dicha, ofrecen gran variedad, segun lo que está admitido en cada pueblo para comunicar gravedad y tono á los diversos actos de la vida social. Las primeras, como emanadas directamente de los principios morales, tienen un carácter fundamental é inmutable; las últimas no alteran en nada el deber que tenemos de ser bondadosos y complacientes, y pueden por lo tanto estar, como están en efecto, sujetas á la índole, á las inclinaciones y aun á los caprichos de cada pueblo.

XV

Sin embargo, á proporción que en los actos de pura etiqueta puede reconocerse un principio de afecto ó benevolencia, y que de ellos resulta á la persona con quien se ejercen alguna comodidad ó placer, ó el ahorro de una molestia cualquiera, estos actos son mas universales y admiten menos variedad.

XVI

La multitud de cumplidos que hacemos á cada paso, aun á las personas de nuestra mas íntima confianza, con los cuales no les proporcionamos ninguna ventaja de importancia, y de cuya omision no se les seguiria ninguna incomodidad notable, son otras tantas ceremonias de la etiqueta, usadas entre las personas cultas y civilizadas de todos los países.

XVII

Es una regla importante de urbanidad el someternos estrictamente á los usos de etiqueta que encontramos establecidos en los diferentes pueblos que visitemos, y aun en los diferentes círculos de un mismo pueblo donde se observen prácticas que les sean peculiares.

* La verdadera amistad es una planta que crece lentamente y nunca llega á robustecerse sino injertada en el tronco de un reconocido y recíproco mérito.—LORD CHESTERFIELD.

XVIII

El imperio de la moda, á que debemos someternos en cuanto no se aparte de la moral y de las buenas costumbres, influye tambien en los usos y ceremonias pertenecientes á la etiqueta propiamente dicha, haciendo variar á veces en un mismo país la manera de proceder en ciertos actos y situaciones sociales. Debemos, por tanto, adaptar en este punto nuestra conducta á lo que sucesivamente se fuere admitiendo en la sociedad en que vivimos, de la misma manera que tenemos que adaptarla á lo que hallemos establecido en los diversos países en que nos encontremos.

(Continuará.)

LOS EFIMEROS.

Vd. no dejará de acordarse, mi querida amiga, que cuando pasamos últimamente aquel dichoso día en los jardines deliciosos, y en la agradable sociedad del Molino-Precioso, en uno de los paseos que dimos, me detuve y me separé durante algun tiempo de la compañía.

Nos habian hecho notar un número infinito de cadáveres de una pequeña especie de mosca llamada efímera, de la que nos dijeron que todas las generaciones sucesivas habian nacido y muerto en el mismo día. La casualidad hizo que viese sobre una hoja una sociedad de estos vivientes, que estaban conversando.

Vd. no ignora que yo entiendo todos los lenguajes de las especies inferiores á la nuestra: mi asidua ocupacion á su estudio es la mejor excusa que puedo dar de los cortos progresos que he hecho en la hechicera lengua de vd. La curiosidad me hizo prestar oído á la conversacion de estas criaturitas; pero la vivacidad propia á su especie las hacia hablar tres ó cuatro á la vez, y no me permitió entender casi nada de lo que decian. Sin embargo, por algunas palabras interrumpidas, que de cuando en cuando podia comprender, vine en conocimiento que disputaban con calor sobre el mérito de dos músicos extranjeros, el uno un mosquito y el otro un zángano. Pasaban su tiempo en esta cuestion con aire de hacer tan poco caso de la brevedad de la vida, como si hubiesen estado seguras de vivir aún todo un mes. ¡Dichoso pueblo, exclamé, ciertamente vives bajo un gobierno sábio, equitativo y moderado, porque ningun agravio público escita tus quejas, y el único motivo que tienes de altercacion, es la perfeccion ó la imperfeccion de una música extranjera!

Las dejé para volverme hácia un anciano de blanca cabellera, que aislado en otra hoja hablaba consigo mismo. Como su soliloquio me entretuvo agradablemente, lo escribí, persuadido que tambien divertirá á aquella á quien soy deudor del mas sensible de todos los placeres, el de los encantos de la sociedad y de la armonía celeste de los sonos que nacen bajo su mano.

«Era, decia el anciano, la opinion de los sábios «filósofos de nuestra raza, que han vivido y florecido mucho tiempo antes de la presente edad, que «este vasto mundo no podria existir por sí mismo «mas de diez y ocho horas; y pienso que su sentir «no era infundado, porque por el movimiento aparente del gran lumínar que vivifica toda la naturaleza, y que en mi tiempo ha declinado considerablemente de una manera sensible hácia el Océano «que limita esta tierra, es menester que termine su «curso á esta época, se apague en las aguas que nos rodean, y abandone el mundo á los hielos y á las tinieblas que necesariamente acarrearán una muerte y «una destruccion universal. He vivido siete horas de «las diez y ocho; lo que verdaderamente es una edad «muy avanzada; pues es nada menos que cuatrocientos veinte minutos; ¡cuán pocos entre nosotros llegan á esta edad! He visto varias generaciones nacer, florecer y desaparecer. Mis amigos presentes «son los hijos y los nietos de mis amigos de la juven-

tud, los que, ¡ay de mí! ya no existen; pronto debo seguirlos: porque, por el curso ordinario de la naturaleza, no puedo prometerme, aunque mi salud es robusta, vivir aún mas de siete á ocho minutos. ¿De qué me sirven ahora todos mis trabajos, «todas mis fatigas para hacer sobre esta hoja una «provision de miel que no podré consumir en todo «lo que me queda de vida? ¿De qué me sirven las «contendias políticas en que me he empeñado para «la utilidad de mis compatriotas, habitantes de este «arbusto? ¿De qué utilidad mis investigaciones filosóficas consagradas al bien de nuestra especie en «general? En política, ¿qué pueden las leyes sin las «costumbres? El curso de los minutos hará la generacion presente de los efímeros tan corrompida como la de los otros arbustos mas antiguos, y por consiguiente tan desgraciada: ¡cuán lentos son nuestros progresos en filosofía! ¡Ay de mí! el arte es largo, pero la vida corta. Mis amigos pretenden consolarme con la idea de una fama póstuma. Dicen «que he vivido bastante para mi gloria, y para la «humanidad; ¡pero la fama de qué sirve á un efímero que ya no existe? ¿y qué será de la misma historia cuando á la décima octava hora, el mundo entero, todo el Molino-Precioso habrá llegado á su fin para no ser ya sino un monton de escombros?

«En cuanto á mí, despues de tantas y tan activas «indagaciones, solo me queda de bien real la satisfacción de haber pasado mi vida en la intencion de «ser útil, en la amable conversacion de un pequeño «número de escelentes damas efímeras, y de tiempo «en tiempo la dulce sonrisa y alguna armonía de la «siempre amable *Brillante*.»

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

III

LUCINDA, Ó LA NIÑA IGNORANTE.

Burlaos de esta niña que no quiere aprender las letras. Cuando su madre le enseña la *a*, la tontilla dice *jota*, porque mira al aire, ó debajo del libro que araña con sus uñas.

Su padre le ha comprado confites colorados; pero ella no los gustará: está claro; porque es demasiado ignorante. Otras niñas hay juiciosas, dóciles, y que saben leer bien, á quienes los darán.

Eso decia á todos la madre de Lucinda, mientras que la indócil estaba de rodillas con un gorro muy sucio, y unas orejas de asno hechas de papel de estraza, tan largas que era cosa de espantar.

Lucinda estuvo de rodillas toda una tarde. ¡Cuál seria el enfado de su madre que tanto queria á su hija! pero, en efecto, Lucinda habia cansado su paciencia.

La madrina de esa niña era una mujer muy rica que solia darle hermosos sombreros, juguetes y confites. Por desgracia esta señora vino ese mismo día que Lucinda estaba en penitencia.

Todas las veces que Lucinda iba á verla, no se olvidaba ella de preguntar á la niña si aprendia á leer.

En este día, sorprendida de no ver llegar á su querida, hizo la misma pregunta, y luego la condujeron al paraje donde estaba Lucinda..... ¡Cuál seria la vergüenza de esta!.....

La madrina llevaba á Lucinda un hermoso vestido de seda, un sombrero color de rosa, una muñeca y almendras; pero al encontrarla con sus grandes orejas de asno, retuvo todas esas cosas y no quiso verla por largo tiempo.

Lucinda, desesperada al ver que su madrina no volvía, lloró mucho; pero ¿de qué servian sus lágrimas? valia mas que aprendiese bien sus letras, sin hacerse refír; pues que no por eso dejó de perder los chochos de su padre, y los hermosos regalos de su madrina.

Tal vez sabremos algun día que la pesadumbre le causó una viva impresion, y que se corrigió de su pereza y de su ignorancia. Sinceramente lo deseamos, tanto mas, cuanto que Lucinda es una niña muy bonita.